

Apuntes sobre memorias sensoriales y catástrofes. Chile, siglos XVI-XVIII*

Notes on Sensory Memories and Catastrophes. Chile, Sixteenth to Eighteenth Centuries

Notas sobre memórias sensoriais e catástrofes. Chile, séculos XVI-XVIII

AUTOR

**Mauricio Onetto
Pavez**

L'École des hautes
études en sciences
sociales (EHESS),
Centre GGH-
TERRES, Paris,
Francia

maonetto@ehess.fr

RECEPCIÓN
11 Enero 2011

APROBACIÓN
2 Mayo 2011

DOI

**10.3232/RHI.2011.
V4.N1.04**

Este breve artículo pretende presentar el posible papel que tuvieron las sensorialidades en la construcción de las diversas memorias y prácticas que coexistieron en las sociedades coloniales americanas –específicamente en Chile- luego de una catástrofe. Para ello, el artículo intentará mostrar, al menos, tres niveles de análisis que se pueden extraer de las fuentes y que permiten apreciar estas posibles influencias: los olores y colores del evento-desastre como portadores de sentidos de larga duración, como elementos constituyentes de ciertas prácticas y, finalmente, como posibles conectores o impulsores de sensibilidades que ayudaron a crear la percepción histórica de una época.

Palabras clave:

Catástrofe; Color; Olor; Sensorial; Memorias; Historia

This brief article aims to present the possible role that sensoriality played in the construction of the diverse memories and practices that coexisted in colonial Latin American societies- specifically in Chile-after a catastrophe. To that end, the article attempts to show, at least, three levels of analysis that can be extracted from sources and that permit the assessment of these possible influences: smells and colors from disasters that act as a catalyst for long lasting meaning, like constituent elements of certain practices and finally, as possible sensory connectors or propellants that help to create the historical perception of an era.

Key words:

Catastrophe; Color; Smell; Sensory; Memories; History

Esta breve nota pretende apresentar o possível papel que tiveram as sensorialidades na construção de diversas memórias e práticas que co-existiram nas sociedades coloniais americanas -especificamente no Chile- após uma catástrofe. Para isso, essa nota vai tentar mostrar, pelo menos, três níveis de análise que podem ser extraídas das fontes e que permitem apreciar essas possíveis influências: os cheiros e as cores do evento-desastre como portadores de sentidos de longa duração, como elementos constituintes de certas práticas e, finalmente, como possíveis conectores ou impulsionadores de sensibilidades que ajudaram a criar a percepção histórica de uma época.

Palavras-chave:

Catástrofe; Cor; Cheiro; Sensorial; Memórias; História

Preludio

Les odeurs les mieux identifiées sont celles qui se prêtent le mieux à l'évocation de souvenirs¹.

C'est le désastre obscur qui porte la lumière².

Figura 1. Das Erdbeben in Chili



Claroscuros insertos en un cielo anaranjado, signos de “algo” que se quema. Un árbol debilitado cuyas ramas acogen -como si fuera un nido- a una posible familia que por el blanco de sus ropas podría pertenecer a la ciudad blanca que se encuentra a sus espaldas. Una ciudad que al parecer se viste de pureza y que logra expulsar los signos de oscuridad que la asechan. Una ciudad marcada por la imponencia y altura de sus edificios, la cual puede ser observada, incluso, entre medio de colinas y que vuelve sombra todo aquello que no la compone. Ni la propia cruz se salva, mientras la luna potencia aquel desplante soberbio de la urbe. No obstante, una ciudad que no fue y que sólo mediante su enaltecimiento puede dar sentido a sus trazos carbonizados que insinúan una catástrofe.

En París, durante el mes de febrero de 1931, se estrenó una sinfonía cuya partitura intentaba poner en evidencia el momento de una conmemoración³. No cualquier momento. Era el momento de una procesión que se creó a partir del desastre dejado por un terremoto, ocurrido muchos años antes y muy lejos del lugar del estreno de la pieza. Sesenta y cinco años después, una pintora alemana⁴ terminaba un cuadro cuyos trazos invocaban el recogimiento de una pareja de jóvenes ante la persecución de su amor imposible. Dicha historia era el argumento central de un pequeño relato creado casi dos siglos antes, en 1807, que narraba las vivencias de aquella pareja durante el día que ocurrió un terremoto. Un terremoto que sucedió casi tres siglos antes que la primera situación y cuatro para la otra, pero que para ambos casos se trató de mismo evento –el terremoto de 1647 ocurrido en Santiago de Chile.

Formas de memorias⁵ diversas para un acontecimiento, devenidos en lenguajes y espacios únicos, tangibles y limitados, que tomaron la forma de sonidos, colores, agregando

sensaciones nuevas como la tensión del espectáculo⁶. Ambas situaciones provienen de un mismo acontecimiento y es probable que ambos artistas jamás supusieran que podría haber otro artista “imaginando” el mismo evento. Quizás, tampoco se hubieran citado o tomado como referencias para lograr sus creaciones, pero hay lenguajes sensoriales que se perciben como diferentes, pero están atados a un mismo origen. Un origen que para ambos casos, al parecer, no mereció inspirar del todo sus obras, puesto que ambas creaciones nacen de la idea de *representar una representación*. Mientras la sinfonía intentaba recrear la procesión creada para recordar el acontecimiento, el cuadro hacia su propia lectura de lo que imaginó Klaiet en su obra escrita dos siglos antes.

En este sentido, es la representación en sus distintas escalas *-jeux d'échelles-*⁷ la que se convierte en un espacio de lectura de estas formas de memorias, demostrando con ello que las memorias son mas bien potencialidades, formadas por múltiples movimientos imprecisos y difíciles de reconocer en una simple lectura y que, a su vez, pueden transformarse en sí mismos en un acontecimiento. Es así como el acontecimiento como hecho no basta, sino que en cuanto espacio de transacción que puede aportar no sólo su propia inteligibilidad, sino también devenir en un creador de sentidos que desborda los espacios en donde fue concebido.

L'événement appréhendé comme terme d'une transaction n'est donc plus seulement un fait dans le monde, composé de données actuelles et susceptible d'être expliqué causalement, interprété à la lumière d'un contexte, doté de sens ou de valeur par un sujet. Il est lui-même porteur ou créateur de sens ; il apporte avec lui «les conditions de sa propre intelligence... Il introduit notamment des possibilités interprétatives nouvelles, concernant aussi bien le passé que le présent et le futur. C'est pourquoi, il ne peut pas être enfermé dans le lieu, le moment et les circonstances de son occurrence: il les déborde de toutes parts. Spatialement, car il peut produire ses effets très loin du lieu où il s'est produit⁸.

La expansión del acontecimiento permite su lectura y reconocimiento. Sin embargo, es su dispersión en los espacios la que permite su proyección. Es la tensión de la distancia entre lo cercano y lejano, entre lo tocado e imaginado lo que le otorga espesura, cuerpo. Es el juego de posibilidades el que permite que la experiencia pueda condensarse sin perder su propiedad potencial de transformarse. Es por ello que pensar las memorias es un ejercicio de movimiento y no de espacios cerrados en una única temporalidad. Sólo esto permite vislumbrar no sólo los alcances de un acontecimiento, sino que además observar cómo otra sociedad hace lectura de las experiencias vividas desde una lejanía, posibilitando también observar cómo a partir de esta lectura se puede reconocer la “relación mundo” *-rapport monde-* que quiso mostrar una sociedad, grupo o persona luego una experiencia límite. En otras palabras, es la dispersión la que da acceso a visualizar la proyección y recepción de cómo un grupo se quiso (re)presentar, lo cual, incluso, no necesariamente puede representar la imagen que surgió desde el desastre.

Tanto un olor como un color son más que una mera sensación o representación singular. Es probable que sean mucho más de lo que pensamos o, quizás, nada de lo que pensamos. Sin embargo, tiene espacio. Quiérase o no, son parte de aquello que se denomina como mundo

social, es decir, son un “hecho de sociedad”⁹ que nos permite acercarnos al tiempo histórico – el espacio entre el Campo de Experiencia y Horizonte de Espera, en términos de Koselleck¹⁰. Sus constantes movimientos y evoluciones adquieren un lenguaje que tensiona y dis-tensiona las realidades en las que se sumerge, develando, entre otras cosas, parte de las “memorias compartidas”¹¹ – no colectivas- como discursos aprendidos que pudo tener un grupo o sociedad.

Trabajar sensorialidades es de por sí un ejercicio que permite pensar los significados que pueden tener los acontecimientos, por tanto, se nos permite pensar la experiencia en tanto movimiento y no proceso. En efecto, pensamos que tanto un olor o un color están lejos de ser solamente adjetivos calificativos dentro de las narraciones, como por lo general se podría interpretar tras la lectura de una fuente; constituyen verdaderos espacios desde donde se transmiten y crean nuevos sentidos, lo que los convierte en verdaderos puentes o estimuladores para la transacción. De hecho, en términos de Pastoureau «une couleur, cependant, ne «vient» jamais seule. Elle ne prend son sens, elle ne «fonctionne» pleinement que pour autant qu’elle est associée ou opposée à une ou plusieurs autres couleurs»¹². Esto nos recuerda que son las sociedades las que hacen al «color» y cualifican a los olores, o sea, los que les otorgan su definición y sentidos, que construyen sus códigos y sus valores, que organizan sus prácticas y determinan lo que está en juego con ellos¹³. De esta forma los olores y colores los reconoceremos como un camino diferente para acercarnos a analizar el tiempo histórico. Visualizar cómo a partir de un mismo olor o color se ha compartido una serie de sentimientos de pertenencia o cómo se han configurado ciertas prácticas, - lo cual automáticamente nos lleva al tema de las memorias-, nos remite, entre otras cosas, a analizar parte de la esfera sociocultural de una sociedad¹⁴.

Los colores y olores al ser reconocidos como “hechos de sociedad”, permiten que la *operación historiográfica* deba aceptar lidiar con ciertos sujetos, espacios o acumulaciones que se escabullen, y que por más difusa que sea su aparición en las fuentes o sea difícil su jerarquización no se puede dejar a un costado la posible influencia que pudo tener -un olor puede ser portador de un *souvenir* o un producto evocado de uno de éstos-¹⁵. El reconocimiento de estos elementos para la Historia nos otorga la posibilidad de acercarnos a algunas de las sensibilidades¹⁶ y, a su vez, repensar las relaciones memoriales que en ciertas ocasiones se han homologado de manera ligera, puesto que el hecho de haber compartido o vivido dentro de un mismo territorio y paisaje no quiere decir que las memorias sean las mismas ni sigan un mismo patrón¹⁷.

Por otro lado, abordar tópicos vinculados a lo “sensorial” puede ser un ejercicio útil para acercarse a las sociedades coloniales, sus memorias, sus maneras de percibirse como también de representar su territorio y sus espacios de vida. De hecho, este argumento puede tener cabida sobre todo si pensamos en una experiencia como la chilena, en donde el tema de lo inmaterial y lo visual-natural fueron sobresalientes al haber sido un “reino” forjado en la improvisación, en la precariedad económica-material y en situaciones cotidianas consideradas como “desastres”. En otras palabras, creemos que para el caso de Chile los olores y colores tuvieron un espacio destacado en los momentos de construcción de ciertas prácticas, memorias y representaciones sobre el territorio.

El caso de Chile

La historiografía chilena desde inicios de la época republicana hasta el presente –aunque esto se podría extrapolar al resto del “mundo académico”- ha representado a las sociedades coloniales de una manera similar: precarias y catastróficas. La clara falta de medios que se dispuso para la conquista de Chile por parte de la monarquía española, lo que habría llevado a los españoles a conformar un dominio a un muy bajo costo, adicionado a la gran cantidad de eventos inesperados que destruían lo poco que se iba formando materialmente, constituyen hasta la actualidad los pilares en donde se apoya esta concepción. Sin duda, la guerra contra los indígenas, aluviones, terremotos y pestes, fueron constantes que se vivieron para esos tiempos que podrían explicar muchas de estas proposiciones, no obstante, gran parte de estas “excusas” se pueden encontrar en gran parte de las historias latinoamericanas, por lo que encontrar exclusividad en ellas resulta pretencioso. Es por ello que pensamos deben ser vistas como plataformas de partida de las preguntas y no puntos de aterrizaje invariables. Ciertamente, esta mixtura de lecturas ha forjado la base para pensar el tema de la identidad cultural y espacial de los “chilenos” llegando a conclusiones metafísicas sin mayor demostración para entender estos posibles efectos¹⁸. De hecho, gran parte de estas apreciaciones han surgido desde mismo un punto, algo determinista, que ha visto al territorio como un “ente” que tiene como característica central –dotada casi de humanidad- de un tipo de “ser”, el que para este caso es un ser “catastrófico”. En consecuencia, creemos que esta valorización e idealización del territorio deja de lado la posibilidad de que hayan sido los propios habitantes quienes a lo largo del tiempo y por motivos estratégicos hayan construido -conscientemente o no- aquella imagen cruenta o idealizada de aquellos años.

En efecto, más allá de si han sido certeros o no los comentarios, lo discutible está en que en ningún caso se ha hecho un trabajo riguroso sobre la gama de situaciones y detalles que mostraron las diversas “instancias de desastres” que se dieron en Chile para esa época y desde donde se habría originado esta perspectiva¹⁹. En ningún caso nuestro trabajo intentará completar ese espacio, sino más bien abrir algunas puertas que nos permitan situar y explicar ciertos escenarios pensados como catastróficos y su posible impacto. Para poder abordar nuestro sujeto, hemos elegido dos de las “instancias de desastre” más repetitivas que se dieron en la colonia chilena: los terremotos y las pestes. Durante el período colonial hay más de seis terremotos reconocidos en menos de dos siglos (1570, 1575, 1647, 1657, 1730, 1751)²⁰. Asimismo, las pestes fueron numerosas y también destaca su papel en el período. Bastaría, por ejemplo, contar la cantidad de epidemias ocurridas en Santiago, sumado a las sucesivas procesiones o rogativas, para hacerse una idea sobre el gran impacto que tuvieron estos eventos²¹.

Olores de muerte, colores de un paisaje destruido

¿Cómo deducir el rol de un color o un olor dentro del movimiento de las memorias tras una catástrofe? Al ser tan amplio el espectro de posibilidades haremos una distinción metodológica de tres niveles de análisis que, al menos, se pueden “extraer” de las fuentes, los cuales en ningún caso se contraponen, sino más bien se complementan.

El primer nivel está referido a una forma de memoria de larga data – no larga duración- generada en occidente, en donde los habitantes de Chile –principalmente españoles- y del resto de los territorios americanos se vieron más de una vez vinculados. Para abordar este punto es necesario remitirse al siglo XVI, puesto que fue en ese siglo donde comenzaron a realizarse y consolidarse procesos tan destacados como la occidentalización y mundialización, los cuales trajeron cambios como la redefinición de los significados de los espacios o de los modos de posicionamiento de las “cosas” en el mundo²². En efecto, como diría Peter Sloterdijk, la importancia de este siglo está en que gran parte de las ideas del mundo pasaron de ser simples conceptos abstractos a convertirse en imágenes portadoras de sentido –cartografiables y exportables- para todo el resto del orbe, lo cual habría reformulado los flujos de aprehensión y cognición del mundo²³.

En efecto, los olores y colores también tuvieron su propia redefinición espacial. Los pueblos europeos se encargaron, por medio de diversas instancias, desde el descubrimiento de América hasta posteriormente la Reforma y Contra reforma, a (re)definir el papel de cada uno de ellos²⁴. Dentro de esta línea, autores como Joël Candau señalan, en relación al tema de los sentidos, que para el siglo XVI luego de todas las reestructuraciones ocurridas se llegó a lo que denominó una renuncia a las “sensaciones de proximidad”, lo cual habría dado paso a que se privilegiaran las “sensaciones de distancia” a partir de este siglo²⁵. Con ello se habría dado paso a una jerarquización de los sentidos, siendo *la vista* el primero del escalafón. Por medio de *la vista* se podría medir el mundo de una manera objetiva buscando, sobre todo, esa ansiada “mirada escolástica”. En este sentido, el “poder de las imágenes” pasa a ser fundamental²⁶. Cada olor y color, en teoría, pasa a estar asociado a una imagen nueva o repotencia una anterior, es decir, adquiere una espacialidad y temporalidad puntual. Por tanto, se podría interpretar que los olores y colores pasaron a representar y vivirse como la “imagen de una imagen”. En efecto, este modo de comprensión habría tenido como objetivo interferir los sentidos históricos de cada zona conquistada, convertir esas memorias “inmemoriales”, expansivas y sin mayor orden temporal, en palabras de Ricoeur, en una memoria única, colectiva, secuencial, discriminadora, es decir, en una que pudiera controlar las sensibilidades y forjar con ello un *habitus*²⁷.

La influencia de este *habitus* tocó igualmente un territorio considerado como lejano para aquella época como lo fue Chile. Por ello, no es extraño que ciertos colores y olores que se hicieron notar tras algunas de las catástrofes estuvieran ligados a este proceso. La institución que ayudó a forjar este *habitus* era para aquel entonces el Estado Monárquico, y lo hizo principalmente a través de la Iglesia, la que por medio de su discurso escatológico interpretaba los desastres como el espacio previo a una muerte segura enviada por Dios (“Castigo de Dios” o “Ira de Dios”), lo cual quedaba patentado, por lo general, por medio de descripciones apocalípticas de cada suceso²⁸. Este movimiento de representación, buscó asimilar cada hecho con una situación apocalíptica, sin embargo, pensamos que esa explicación no basta para entender la gran cantidad de elementos que estuvieron en juego en una situación de desastre²⁹.

Para aquel entonces la Iglesia volcaba todas sus energías discursivas en torno al tema “escatológico”, puesto que el argumento del *escathon* desconocido, de la llegada del “fin del mundo” era el factor de integración que ayudaba a forjar a la propia institución en esa época³⁰.

El tener un espacio fuera de la linealidad histórica, en donde se hacía converger al mundo de lo “sensible”, ya sea por medio de una disuasión de los sentidos –por ejemplo el control del cuerpo– como por la creación de fuertes imágenes portadoras de sonoridad, olor y color, ciertamente, permitió legitimar el liderazgo de la propia Iglesia y con ello conformar la comunidad civil. Pese a ello, cuando ese argumento de fin de mundo se situaba en el espacio y se reconocía en un acontecimiento, su funcionalidad adquiría diversas facetas perdiendo muchas veces ese “orden” ganado. Por una parte agrupaba a las personas en torno al miedo a lo desconocido y al control de la “espera” –futuro–, pero también se puede reconocer que con su utilización se buscaba esbozar el caos, es decir, situar de alguna manera la desintegración de los espacios y las cosas. Asimismo, podríamos interpretar que para el caso chileno en particular, la necesidad de buscar relatar las catástrofes como un verdadero apocalipsis pudo ser parte del proceso de búsqueda de vías para poder comunicar los graves problemas que sufrían los “vecinos” en aquel territorio. En otras palabras, aquella memoria sensorial catastrófica aprendida e importada desde la antigüedad habría servido posiblemente para justificar otros tópicos: la necesidad de dar a conocer desde un escenario inteligible la precariedad general del reino para así contar con una ayuda económica tanto para hacer frente a la coyuntura catastrófica como al resto de los asuntos “inconclusos” en Chile, y, por otra parte, la necesidad de crear relatos que acercaran aquellas experiencias que vivían los vasallos en Chile a esa metamemoria³¹ o “circuito-mundo” histórico del cual se sentían excluidos al estar en una de las antípodas del mundo³².

Es ante esta gama de posibilidades que apareció el uso del espacio sensorial del apocalipsis como un modo de comunicación de la catástrofe. Asimismo, habría servido como una manera de recordar a qué historia pertenecían los vasallos. Un ejemplo de esto se pudo apreciar tras el terremoto de 1647. El obispo de Santiago, Gaspar de Villarroel, evocó sucesivamente en su narración de los hechos diversos olores y objetos de color que brotaban desde la tierra, los cuales se asemejaban a algunas imágenes del apocalipsis: “temíamos que nos tragara, porque se abrieron en la plaza muchas grietas, y en los caminos tan hondas, que como conmovidos los abismos, rebosaron las sentinas, *despidiendo aguas de mal olor* y grandes sumas de arena...”³³. La fuente representa un encuentro con las sensaciones, el gusto, la oscuridad, lo pestífero, lo arenoso, ya que sólo así se puede hacer sentir al otro y, a la vez, integrarlo al evento. Por otro lado, la Real Audiencia tampoco quiso estar ajena de esta situación de fin de los tiempos; de hecho, en su descripción además de destacar los malos olores y la oscuridad que presentaba el cielo y la tierra, destacó el color esencial de la muerte apocalíptica que para esos tiempos era el color rojo³⁴: “abortó [...] raudales tan furiosos de agua tan turbia que parecía *sangre y de tan mal olor que inficionaba las vecindades*”³⁵.

El segundo tipo de análisis identificable está referido al tema de las prácticas. Desde ellas, pensamos que se puede lograr observar una relación intensa entre estas, los colores y los olores. En efecto, ciertas respuestas de los pobladores de Chile tras una catástrofe, fueron acoplándose, mestizándose y evolucionando con una serie de elementos sensoriales, dando vida a una gama de prácticas que, pensamos, pudieron ser determinantes en el modo de relacionarse con los espacios sociales y naturales. De hecho, considerar este conjunto de elementos nos puede dar las llaves para reconocer los niveles de riesgo, vulnerabilidad, resiliencia, etc., que se tenían para esta época.

Por ejemplo, una situación que nos permite apreciar estas ideas se dio hacia el año de 1686 en Santiago. El bachiller Miguel Jordan elaboró un informe sobre la calidad del agua que tomaban los habitantes de la ciudad de Santiago para intentar justificar ciertos problemas en la salud de los habitantes de la ciudad. En dicho informe, se señalaba lo complejo de obtener un tipo de agua sana para la población, puesto que existían demasiados factores externos que la intervenían, como el caso de los terremotos. Todo esto dificultaba tener control sobre la limpieza de ella, sobre todo, si se pensaba que el agua venía desde la altura de la cordillera. En este sentido, destaca el grado de sorpresa del autor sobre el modo de operar de los habitantes ante esta adversidad.

A que se allega que la dicha cordillera tiene tanta copia de minerales de [sic] o polcura, de cardenillo o cobre de piedra lipas de alcaparrosa de piedra armenia y estibio y que puede recelarse de que por los *muchos temporales, terremotos que en dicha cordillera suceden* puede descubrirse algún mineral de arsénico cetrino, *rojo o cristalino* pues es notorio en esta ciudad el que por dicho río que desciende de las vertientes de dicha cordillera y sus acequias se ve venir el agua el más tiempo del año *de varios colores y diversas naturalezas* de sienes que causa admiración y espanto de verlas pues para su uso hacen los vecinos extrañas diligencias para aclararlas y nunca se consigue el que queden limpias³⁶.

La fuente nos presenta una mixtura entre catástrofe, colores venidos desde la naturaleza y las prácticas. Es un todo en movimiento, en el que se identifican tres partes pero que no se puede dejar de lado ninguna de ellas; ni siquiera en el momento de analizarlas. Las prácticas se convierten en un movimiento en donde se pueden distinguir causas y efectos, y en el que se puede apreciar el grado de importancia que se le da a algunos sucesos de la naturaleza. Pese a la distinción de sus elementos, no sé pueden datar e historiar de una manera clara, puesto que fueron parte de un aprendizaje a partir de la experiencia de un suceso incontrolable.

Treinta años después el tema del agua volvía a ser discutido entre los vecinos de Santiago, aunque dicha vez por una peste de disentería. Tras la peste, los letrados y vecinos más destacados reconocieron que el problema provenía del agua que bebían los habitantes, por tanto, era de suma urgencia cambiar la fuente de origen. En este sentido, fueron las observaciones reconocidas a partir de los olores y colores las que permitieron vislumbrar hasta qué punto todo esto era un problema. Así fue como describió uno de los médicos de la época - Agustín de Ochandiano y Valenzuela – la visión sobre el agua de Santiago que se tenía para la época:

Con que faltándole el agua del río de Santiago tres cualidades, [...] No es clara porque en la avenida parece barro colorado; no es dulce, porque lo dulce en el agua es carecer de sabor; la nuestra trae el sabor de caparrosa y polcura, y otros antimonios que restringen y aprietan en vez de dilatar los conductos del alimento; no es olorosa, porque huele a sieno³⁷.

Por otra parte, la destrucción de lugares también puede leerse como una pérdida de un paisaje, de una ontología que da estabilidad³⁸. De hecho, en las fuentes se encuentra un doble

movimiento con respecto a este escenario de pérdida. Por una parte, la falta de un olor o de un color sirvió como un factor cualitativo que ayudó a convertir, en muchos casos, un desastre en un *acontecimiento* y, por otro lado, se puede decir que esos mismos olores y colores sirvieron como una alternativa real para reconocer posibles males a venir. Con esto queremos indicar que en diversas ocasiones fueron los olores y colores los que notificaron la dimensión de lo que estaba sucediendo y de lo que podría pasar *a posteriori*. Es el acontecimiento o su posible aparición el que aporta el recuerdo pasado de otra catástrofe:

C'est donc l'événement lui-même qui fait surgir son passé ; avant qu'il apparaisse, il n'a pas de passé. Il faut qu'il se soit produit pour qu'il puisse avoir un passé. Ce passé est de part en part relatif à l'événement, et à la manière dont il est perçu, identifié et décrit. L'événement éclaire son propre passé ; il ne peut jamais en être déduit. En d'autres termes, c'est l'événement qui fait comprendre son passé et son contexte conformément à la nouveauté qu'il a fait surgir. C'est en cela que consiste son pouvoir de révélation ou de dévoilement : il manifeste quelque chose de son propre passé et de son propre contexte qui, sans lui, serait resté invisible³⁹.

Fue así como tras un terremoto, un mal olor, ya sea de muerto o de algún objeto, tuvo que ser eliminado lo antes posible puesto que era casi una certeza de que vendría un evento igual o peor, como era el caso de las peste. A medida que los pobladores despertaban del letargo angustioso tras el terremoto de 1647 y se adecuaban al nuevo paisaje, aparecían los vestigios de aquellos rostros visibles, pero destrozados que dejó la catástrofe. Los muertos comenzaban a expeler sus olores poniendo en potencial peligro a la población.

Este Señor una corta relación de este lamentable y desdichado suceso de que estos criados de V.M. quedan con el dolor y sentimiento que es justo, y no ha de ser pequeño desconsuelo el haberse perdido casi los más de los bastimentos que había para el sustento del año y cogerles a la entrada del invierno sin reparo para las lluvias y fríos, y con el mal olor de los cuerpos muertos que no se han podido desenterrar y con el temor de que no resulte de ello inficionarse el aire y que haga alguna peste⁴⁰.

En algunos casos, los habitantes por medio de observaciones hacia la tierra observaban o auguraban la posible llegada de una nueva catástrofe. El color de la tierra, la falta de agua –que generaba olores nuevos, o los problemas de higiene, etc.- y la muerte de animales, entre otras cosas, movieron a la población a generar soluciones para evitar otro desastre. Por ejemplo, una sequía generaba un movimiento inmediato en búsqueda de una solución, puesto que de no ser así era posible la venida de un terremoto.

Dijeron que por cuanto es mucha la seca que está padeciendo esta ciudad y sus contornos y por ella mucha mortandad de ganados mayores y menores, siendo lo mas principal el anuncio de algun terremoto como se ha experimentado en los años pretéritos y especialmente el de treinta y que asi era conveniente el que se hiciese una novena a nuestra señora del Socorro⁴¹.

El papel de las sensorialidades fue, en muchos casos, preponderante en los momentos de toma de decisiones de gran escala, como lo fue el caso del traslado de la ciudad de Concepción. Luego del terremoto y tsunami de 1751 las autoridades de Chile junto con los vecinos más “renombrados” decidieron trasladar la ciudad de su sitio. Sin embargo, todo este acontecimiento resultó ser una guerra de intereses y argumentos entre las partes afectadas. Los argumentos buscaban las excusas más sofisticadas con tal de influir en la decisión final, lo que llevó a varios vecinos a crear una mezcla entre recuerdos “antiguos” con las observaciones que se podían desprender de los diferentes lugares propuestos. Fue así como la ciudad nueva comenzó a ser pensada no sólo en términos políticos-económicos, sino también sobre cómo proteger el cuerpo de los habitantes, es decir, cómo validar sus sentidos. Por ejemplo, una de las frases más repetidas por los argumentos fue que la ciudad debía “ser bañada de todos los vientos que limpian de corrupción y pestes”⁴². La importancia de estar en un lugar bueno para los “sentidos” era un argumento primordial entre los vecinos y representa, en parte, no sólo el cuidado hacia el cuerpo en su faceta carnal y espiritual, sino también la evolución de este mismo. Si para el primer gran terremoto de la época colonial -1647- el tema de los olores y colores era asociado preferentemente a la muerte apocalíptica, a lo malsano de los cuerpos y la pérdida de objetos, imágenes y paisajes que otorgaban “color”, un siglo después –tras el terremoto de 1751- el papel que tenían era diferente y apuntaba, sobre todo, a cómo obtener una mejor calidad de vida.

[...] si el terreno es conforme a la conservación de la salud, de los que la hubieren de habitar para esto es necesario sea en justo no muy alto ni sumamente bajo porque de lo uno se sigue la grandísima molestia de los continuados vientos de que resulta tal vez alguna ruina en los edificios y de lo otro graves enfermedades (y que cualquier accidente por leve que sea coja tanto cuerpo que sea suficiente a infestar toda la ciudad) motivo de no bañarla los aires que expelan los vapores corruptos que continuamente reinan en las situaciones bajas [...] Lo sexto que al salir el sol bañe con sus rayos todo el plano de que consta la ciudad porque como es padre de los vivientes nos es muy sensible no solamente a la vista sino a las saludes y frutos de la tierra que nos priva del beneficio que ya otros están gozando por verse en mejor situación⁴³.

Podríamos señalar múltiples explicaciones para esto último: una “memoria aprendida” en la transmisión y circulación del conocimiento venidos desde la antigüedad -Seneca o Hipócrates⁴⁴-, y la progresiva secularización de ciertas prácticas. Sin embargo, dentro del mismo nivel de explicaciones esta transformación actúa mas bien como un conjunto de movimientos de memorias aprendidas en la evolución de una experiencia “compartida”, la cual se diferencia a la del primer nivel –más allá de si fue o no manipulada por las autoridades- en que además de utilizar imágenes o concepciones importadas, utilizó su propia historia, su propio aprendizaje histórico, sus propios colores del amanecer o sus propios olores que traía el viento como excusas para pensar el propio espacio.

Otro tema que se puede identificar en este segundo nivel está relacionado al fuerte poder de evocación que resaltaban los olores y los colores. En efecto, sirvieron para presentar de manera más nítida el respaldo emocional y espiritual que tuvo una sociedad colonial como la de Santiago durante el siglo XVII. Una descripción que muestra esta conexión es la que realizó

el Obispo de esa ciudad tras la muerte de un sacerdote encontrado entre las ruinas dejadas por el de 1647. En este sentido, destaca el grado “sensacionalista” de la narración. Sensación y sobreexposición se encuentran en un mismo espacio narrativo, lo que permite al religioso dar coherencia a su relato ideológico:

Estaba en él a aquella hora en oración un santo religioso lego; oprímole la ruina, y sacándole veinte días después, hallaron sus miembros tratables, fresca la sangre, sin rastro de corrupción, antes oliendo bien. Su buena vida y el santo ejercicio en que estaba y un áspero cilicio que le hallaron en el cuerpo, son claros indicios que desde el coro fue trasladado al cielo⁴⁵.

El último horizonte a presentar trata sobre las posibles consecuencias o influencias que tuvieron los olores y colores aportados por los escenarios catastróficos en la formación de ciertas nociones, sensibilidades y percepciones sobre cómo definir esta época. Para exhibir esta idea, tomaremos el caso específico de un color, o mejor dicho, del no-color⁴⁶. Cabe recordar que nuestro ejercicio buscará sólo aproximarse a ciertas pistas e hipótesis que pensamos deben evaluarse para dar paso a pensar estos temas como problemas históricos; por tanto, en ningún caso se trata de un análisis acabado.

Como señalamos anteriormente, existe una noción catastrófica, precaria y oscura con respecto a la época colonial en Chile. Esto ha sido reconocido a lo largo del tiempo por el “mundo historiográfico” a partir de lo que los testimonios de las fuentes repetían una y otra vez en las narraciones. Es cierto que hubo una serie de hechos como los terremotos o el conflicto con los “araucanos” que permitirían explicar un imaginario así de negativo. Sin embargo, pensamos que hay “movimientos” no realizados hasta el momento que pueden ser útiles para dejar desprenderse de ciertos holismos: comenzar a criticar esta noción y a imaginarla como una posible construcción consciente de los propios habitantes de la época que deseaban dar a conocerse de una manera puntual para buscar fines determinados. Para esto se vuelve útil saber cuáles fueron las representaciones, prácticas o posibles factores que ayudaron a construir esta percepción. En efecto, creemos que con respecto al tema se ha hecho una suma sin mayor interacción. Para este caso sería sugerente ir “más allá” y tratar, al menos, de precisar ciertos puntos que posiblemente hayan permitido hacer nacer este tipo de percepción “oscura” que ha tenido para esa época.

Un camino que nos parece una puerta de entrada a este entramado histórico⁴⁷, el cual ha pasado desapercibido y, quizás, pudo haber afectado notablemente los modos de aprehensión de las catástrofes y, de una u otra manera, los modos de relacionarse con los espacios geográficos. En efecto, darle perspectiva a esa posible “oscuridad” que habría asechado a la época podría abrir ciertas puertas para reflexionar, entre otras cosas, el tema de las identidades. Este planteamiento es válido si se considera que los “grandes” desastres de esta época ocurrieron en la oscuridad de la noche - ataques indígenas, terremotos, etc.-, lo cual quedó manifestado en las descripciones posteriores de los eventos. Por lo mismo, no es lejana la posibilidad que esto haya podido afectar o ayudar a establecer una relación directa entre este no-color con la percepción final que se tiene sobre este período. A su vez, se debe añadir a estos argumentos ciertos factores “reales”

que pudieron enaltecer esto, por ejemplo, la falta de luz que hubo por siglos en las ciudades de Chile, lo que constituye una condicionante para acercarnos a pensar estos temas u otros como los conflictos sociales de la época. En otras palabras, no descartamos que esa oscuridad haya ayudado a configurar parte del dibujo o la estética sobre el período. De hecho, para siglo XIX uno de los grandes paradigmas heredados desde la colonia, al cual tuvieron que “hacer frente” las autoridades, fue lo que se conoce como “el peso de la noche”⁴⁸.

Pasando a las fuentes, fueron numerosos los esfuerzos de los testimonios de valorar lo nocturno como una escenografía determinante dentro del acontecimiento. Por ejemplo, gran parte de las descripciones de los terremotos parten nombrando lo lamentable de que los sismos hayan sido a “esas horas”, puesto que afectaron directamente la respuesta de escape y sobrevivencia de las personas. Por tanto, desde el punto de vista de los hechos narrados, no cabría duda que el recuerdo de la muerte y de la catástrofe estuvo relacionado con la oscuridad reinante y que pudo interferir en el modo de transmisión de la catástrofe como también en el recuerdo de aquella época. Las descripciones inmediatas de los sismos, además de intentar retratar el tiempo de duración de la desgracia a través de credos o minutos, tuvieron como punto en común mostrar y destacar el escenario nocturno. Tras el terremoto de 1730, las circunstancias tenebrosas acaparaban todas las sensaciones y sentidos:

el lunes diez desde las tres de la mañana con tal fuerza que *parecían haberse conjurado los elementos* combatiros i valerse de ellos la divina justicia a fin de destruímos pues *los horrores de que se vistió la noche* se hicieron temer de los más fuertes pues afuera de la oscuridad i la frecuente repetición de temblores se sentía un continuo ruido que antecedia a los movimientos i de cuando en cuando un golpe en la cordillera muy parecido a la rebotacion de una bomba [...]⁴⁹.

Al examinar frases como “parecían haberse conjurado los elementos” o “los horrores de que se vistió la noche” se puede encontrar parte de esa visión oscura que envuelve a estos años, sin embargo, además se puede encontrar una personificación de este espacio, transformándose en un suerte de actor dentro de la historia narrada. Otro ejemplo, es el de Diego Rosales, jesuita, quien a mediados del siglo XVII escribe en su Historia General del Reino de Chile parte de los efectos que provocó tener que vivir una catástrofe durante la noche. El escenario nocturno de la catástrofe se presenta como un espacio lleno de confusión, no obstante, es un espacio *preciso* dentro de su “Historia General”.

[...] con la oscuridad de la noche, el espanto del temblor, el asombro del repentino y terrible ruido de terribles ruinas, la ceguedad del polvo y la confusión del inopinado suceso, los unos atropellaban a los otros, y perecían muchos atrapados, encontrando con la muerte donde iban presurosos a buscar la vida⁵⁰.

Un siglo después, los terremotos seguían siendo “la noche más larga” en la vida de las personas. El sacerdote Miguel de Olivares observaba como la noche se convertía en un espacio de llanto y lamento, el cual permite deducir que se convirtió en un acontecimiento en sí mismo dentro del evento desastroso.

Que noche más triste, tremenda y horrorosa sería aquella para Penco que lágrimas, gritos y lamentos no se oían de los que se anegaban o sepultaban en aquellas ruinas, y de los que queriendo escapar, los alcanzaba la ola que corría más que su embarazoso temor. En fin fue *una noche de mayor tribulación, cual nunca había experimentado aquella afligida población...*⁵¹.

El efecto de las sombras, no sólo se utilizó para graficar el temor ante la muerte o el misterio de no “ver” lo que podía venir, sino que permitió comprender el fenómeno de la propia ruina. La inseguridad traída por las catástrofes convirtió a las ciudades en lugares de inseguridad – robos, destrucción total de las casas, falta de medios, etc.-, por tanto, los vecinos observaban cómo las sombras de la noche –catástrofes- fueron consumiendo lo poco y costoso que había sido construido a lo largo de su historia. Un ejemplo que nos permite apreciar esto es el testimonio del presidente de Chile tras el terremoto 1751. Desde Santiago –una de las ciudades que no se vio afectada por el terremoto-, dicha autoridad daba cuenta de esta incipiente sensibilidad entre noche y percepción histórica al asociar las sombras de la noche con la consumación de los siglos tras el desastre.

Señor= A la una y tres cuartos de la noche del veinticuatro al veinticinco de mayo último se experimentó en esta ciudad de Santiago un tan espantoso terremoto que conmoviendo cuantos templos y edificios la componen amenazaba el último estrago si la piedad divina, *con las sombras de la noche* y repetición de otros muchos (aunque no de igual intensidad) conceptuaron todos los vivientes ser el temido termino de sus días; *y aun verificaban los espantosos efectos de la consumación de los siglos*. No reservó la inclemencia de la estación ni lo terrible de la suerte edad ni sexo y acometió mas impetuosa a todas las religiosas de su clausura les estrecho en el susto sus temores. En medio de tanto conflicto de todas las providencias correspondientes a la contingencia olvidándome de impropia seguridad por hacerla más proporcionada a mi obligación⁵².

Sin duda, existen numerosos ejemplos que permitirían una mejor demostración de estos tres niveles de análisis, no obstante, el objetivo de nuestro artículo fue presentar al mundo sensible como un espacio-herramienta que nos puede permitir conocer, en parte, ciertos significados, sensibilidades y percepciones del pasado, sobre todo, aquellas relacionadas con los desastres. En caso contrario se cae en una “infantilización generalizada de los comportamientos de las sociedades del pasado”⁵³, otorgándole a las “intrigas” de los relatos una coherencia en donde muchas veces no la hay⁵⁴. La Historia sólo puede acercarse en la medida que comprenda que esto se trata de un movimiento portador de diferentes sentidos indirectos, imaginados, o de simplemente, temores, paisajes, olores, colores, etc., que se mueven al mismo tiempo y en un mismo tiempo. Sin duda, sería una pretensión intentar aprehenderlo todo, no obstante, por medio del reconocimiento y análisis de ciertos “trazos o indicios” se podrá interpretar esta tensión creadora de memorias. En efecto, no es la memoria en sí misma la que importa –ya que pensarla sin movimiento no existe-, sino los espacios que ocupa, la estela y la circulación de sus elementos, sus recuerdos, sus olores, sus colores.

Bibliografía

- Acosta, Virginia. *Historia y Desastres en América Latina. Vol. 1-2, Centro de investigaciones y estudios superiores en antropología social*. México, Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina (RED), CIESAS, 1996.
- Actas del Cabildo de Santiago, Colección Historiadores de Chile*. Santiago, Editorial Universitaria, Tomo LIV, 1945.
- Bergson, Henry. *Matière et Mémoire*. Paris, PUF, coll. « Quadrige », 2008.
- Blanchot, Maurice. *L'Écriture du Désastre*. Paris, Gallimard, 1980.
- Bourdieu, Pierre. *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Paris, Essai (poche), 2000
- Candau, Joël. *Mémoire et expériences olfactives*. Paris. PUF, 2000.
- "Traces singulières, traces partagées?", *Socio-Anthropologie*, N° 12, 2002.
- "El lenguaje natural de los olores y la hipótesis Sapir-Whorf", *Revista de Antropología Social*, N° 12, 2003.
- *Anthropologie de la memoire*. Paris, Armand Colin, 2005.
- Castillo Fadic, Gabriel, "Santiago, lugar y trayecto: la dialéctica del centro", *Aisthesis*, N° 34, 2001.
- *Las Estéticas Nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica*. Santiago, Estética UC, Colección Aisthesis "30 años", 2003.
- Concilio de Trento ver la Sesión XXV, "La invocación, veneración y reliquias de los santos, y de las sagradas imágenes", *Biblioteca electrónica cristiana*, <http://multimedios.org/docs/d000436/p000005.htm>.
- Christe, Yves. *L'Apocalypse de Jean. Sens et développements de ses visions synthétiques*. Paris, Picard, Bibliothèque des cahiers archéologiques, 1996.
- De Montessus de Ballore, Fernando. *Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1912, 4ª parte.
- De Olivares, Miguel. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736). En Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Tomo VII, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865.
- Freedberg, David. *El Poder de las Imágenes*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1992.
- Gay, Claudio. *Historia física y política de Chile. Documentos sobre la historia, la estadística y la geografía*. Paris, chez l'auteur, 1852, Vol. II.
- Gruzinski, Serge. *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*. Paris, Éditions de La Martinière, 2004.
- Halbwachs, Maurice. *La Mémoire collective*. Paris, Albin Michel, 1997.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *El peso de la noche. nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago, Planeta/Ariel, 1999.
- *Historia General de Chile. Amos, señores y patricios*. Santiago, Editorial Sudamericana, 2008.
- Koselleck, Reinhart. *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*. Paris, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 1990.
- Le Guérier, Annick. *Les pouvoirs de l'odeur*. Paris, Éditions Odile Jacob, 1998.
- Mellafe, Rolando. "El Acontecer Infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las Mentalidades", *Atenea*, N° 442, Universidad de Concepción, 1981.
- Mercier-Faivre, Anne-Marie & Thomas, Chantal (dir.) *L'invention de la catastrophe au XVIIIe siècle. Du châtement divin au désastre naturel*. Genève, Librairie Droz, 2008.
- Musset, Alain. *Villes nomades du Nouveau Monde*. Paris, EHESS, 2002.
- Musset, Danielle & Fabre-Vassas, Claudine (ed.) *Odeurs et Parfums*. Paris, Editions du CTHS, 1999.
- Onetto, Mauricio. "Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2007. En línea: <http://nuevomundo.revues.org/index7442.html>.
- Pastoureau, Michel. *Bleu, histoire d'une couleur*. Paris, Éditions du Seuil, 2006.
- Pastoureau, Michel. *Noir: histoire d'une couleur*. Paris, Seuil, 2008.
- Pesavento, Sandra. "Sensibilidades no tempo, tempo das sensibilidades", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 4 - 2004, <http://nuevomundo.revues.org/document229.html>.
- Pigeon, Patrick. *Géographie critique des risques*. Paris, Economica, 2005.
- Quenet, Gregory. *Les Tremblements de terre aux XVIIe et XVIIIe siècles: la naissance d'un risque*. Seyssel, Champ Vallon, 2005.
- Quéré, Louis. "Entre fait et sens, la dualité de l'événement", *Réseaux*, N° 139, 2006.
- Revel, Jacques (dir.) *Jeux d'échelles la micro analyse à l'expérience*. Paris, Gallimard, 1996.
- Riviere Ciavaldini, Laurence. "L'Apocalypse au Moyer Age: catastrophe cosmiqueou triomphe du christianisme? » in Granet- Abisset Anne-Marie Favier René, *Récits et représentations des catastrophes depuis l'Antiquité*, Grenoble, MSH-Alpes, 2005.
- Diego, Rosales. *Historia general del reino de Chile: Flandes indiano*. Santiago, Andrés Bello, 1989.
- Schama, Simon. *Le paysage et la mémoire*. Paris, Éditions du Seuil, 1999.
- Signorelli, Amalia. "Catastrophen naturales et réponses culturelles", *Terrain*, N° 19, 1992.
- Siracusano, Gabriela. *El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas. Siglos XVI-XVIII*. Buenos Aires, FCE, 2005.
- Sloterdijk, Peter. *Esferas II. Globos*. Madrid, Ediciones Siruela, 2004.
- Tadié, Jean-Yves & Tadié, Marc. *Le sens de la mémoire*. Paris, Gallimard, 1999.
- Valenzuela Márquez, Jaime. "El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago

colonial”, en Jaime Valenzuela Márquez (ed), *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007

Von Kleist, Heinrich. *El cántaro roto; El terremoto en Chile; La marquesa de O*. Madrid, Akal, 2006.

Walter, François. *Catastrophes. Une histoire culturelle. XVIe-XXIe siècle*. Paris, Seuil, 2008.

Zaldumbide, Gonzalo, *Fray Gaspar de Villaroel Siglo XVII*. Puebla, México, J.M.Cajica Jr.1959.

Notas

* Partes del contenido del artículo fue presentado en el IV Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos, el X Seminario Argentino Chileno y el IV Seminario Cono Sur de Ciencias Sociales, Humanidades y Relaciones Internacionales: *La travesía de la libertad ante el bicentenario*, que se llevo a cabo en la ciudad de Mendoza en marzo del 2010.

¹ Joël Candau, *Mémoire et expériences olfactives*, Paris, PUF, 2000, p. 84.

² Maurice Blanchot, *L'Écriture du Désastre*, Paris, Gallimard, 1980, p. 17.

³ Se trata de la obra de Próspero Bisquertt titulada *Procesión del Cristo de Mayo* estrenada en febrero de 1931 en París y que luego de dos años fue conocida en Chile.

⁴ La pintora señalada es Annedore Köster quien en el año 1996 realizo la obra “Das Erdbeben in Chili” en homenaje a la historia de Kleist del mismo nombre. Ver <http://www.kleist.org/grafik/erd01.htm>. La historia de Kleist se puede encontrar en el libro Heinrich Von Kleist, *El cántaro roto; El terremoto en Chile; La marquesa de O*, Madrid, Akal, 2006.

⁵ Este concepto compuesto es nuestra principal propuesta epistemológica que realizamos en nuestro trabajo doctoral.

⁶ Un autor que analiza esta inserción “espectacular” es François Walter quien en su historia cultural observa cómo la música, el teatro, la pintura, entre otras expresiones artísticas, van integrando el tema catastrófico dentro de sus temáticas. Ver François Walter, *Catastrophes. Une histoire culturelle. XVIe-XXIe siècle*, Paris, Seuil, 2008, p. 99 y ss. Otro texto que también permite apreciar esta inserción es el de Pierre Saby, « Cataclysmes et exotisme dans l'opéra français: Les Incas du Pérou (Rameau, 1735) et Cora (Méhul, 1791)”, in Anne-Marie Mercier-Faivre, Chantal Thomas (dir.), *L'invention de la catastrophe au XVIIIe siècle. Du châtement divin au désastre naturel*, Genève, Librairie Droz, 2008.

⁷ Ver al respecto Jacques Revel, (dir.), *Jeux d'échelles la micro analyse à l'expérience*, Paris, Gallimard, 1996.

⁸ “El evento aprehendido como una transacción no constituye solamente un hecho en el mundo, compuesto de informaciones actuales susceptibles de ser explicadas causalmente, interpretadas a la luz de un contexto, dotadas de sentido o de valor por un sujeto. Es en sí mismo portador o creador de sentido; aporta las condiciones de su propia inteligencia. El acontecimiento introduce puntualmente de posibilidades interpretativas nuevas, concernientes tanto al pasado, al presente y al futuro. Es por esto que no puede ser encerrado en un lugar, el momento y las circunstancias de su ocurrencia: el desborda por todas partes. Espacialmente, porque él puede producir efectos muy lejos del lugar donde se produjo”. Ver Louis Quéré, “Entre fait et sens, la dualité de l'événement”, *Réseaux*, N° 139, 2006, p. 203.

⁹ Michel Pastoureau, *Bleu, histoire d'une couleur*, Paris, Éditions du Seuil, 2006, p. 8

¹⁰ Reinhart Koselleck, *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, Paris, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 1990.

¹¹ Utilizaremos el concepto de “memoria compartida” en desmedro del término “memoria colectiva”. El tratar con sensorialidades, nos lleva a espacios compartidos, a experiencias “mundo” que van más allá de lo social, a sensaciones que sólo pueden ser compartidas y no necesariamente colectivas. Lo colectivo, como bien señala Halbwachs se inscribe bajo ciertos « cadres » o marcos que rigen su devenir, en tanto, las sensorialidades, en muchos casos, devienen en múltiples posibilidades que pueden ser controladas y en otros casos no. La memoria “colectiva” es como tal, solamente en la medida que se inscribe bajo ciertos cánones sociales en los que se homóloga la experiencia para toda una sociedad. En este sentido, es importante aclarar que lo compartido no omite la posibilidad de imposición, ni se trata de encuentro positivo entre las partes, sino es más bien visto como un punto de encuentro espacial de la experiencia. Ver al respecto Maurice Halbwachs, *La Mémoire collective*, Paris, Albin Michel, 1997. En este sentido, creemos que el tema de la catástrofe y la sensorialidad transitan más bien dentro de una experiencia compartida que en una experiencia colectiva. Para una mayor profundidad sobre las ideas de “memoria compartida” (memoire partagée), ver los textos de Candau, *op. cit.*; “El lenguaje natural de los olores y la hipótesis Sapir-Whorf”, *Revista de Antropología Social*, N° 12, 2003, pp. 243-259; “Traces singulières, traces partagées?”, *Socio-Anthropologie*, N° 12, 2002, pp. 1-8; *Antropologie de la memoire*, Paris, Armand Colin, 2005.

¹² Pastoureau, *op. cit.*, p. 10. « Un color, sin embargo, jamás « viene » solo. El no toma sentido, sino “funciona” en tanto es asociado u opuesto a uno o varios colores”. La traducción es nuestra.

¹³ *Ibidem*, p. 8

¹⁴ Ver los textos de Annick Le Guéner, *Les pouvoirs de l'odeur*, Paris, Éditions Odile Jacob, 1998; Danielle Musset, Claudine Fabre-Vassas (Edit), *Odeurs et Parfums*, Paris, Editions du CTHS, 1999.

¹⁵ Candau, *op.cit.*, p 84.

¹⁶ Entendemos las sensibilidades como las “formas pelas quais indivíduos e grupos se dão a perceber, comparecendo como um reduto de representação da realidade através das emoções e dos sentidos”. Ver Sandra Pesavento, “Sensibilidades

no tempo, tempo das sensibilidades”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Número 4, 2004, <http://nuevomundo.revues.org/document229.html>. Consultado el 03 septiembre 2009.

¹⁷ Simon Schama, *Le paysage et la mémoire*, Paris, Éditions du Seuil, 1999.

¹⁸ Uno de los tantos ejemplos y que hasta el día de hoy es muy citado, fueron los trabajos de Rolando Mellafe los cuales apuntaban siempre hacia un mismo principio, es decir, señalar que la historia de Chile era el de “acontecer infausto”. Algunas de sus frases eran: “el hombre americano y chileno se ha definido como esencialmente telúrico. Pero lo telúrico no es un simple amor a la tierra, ni una simple afinidad con lo natural. El acontecer infausto tiraniza este dialogo, obliga a toda una sociedad a enfrentarse, a través de su yo con los estratos más profundos de su existencia espiritual, con el alba de su psiquis”. Ver Rolando Mellafe, “El Acontecer Infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las Mentalidades”, *Atenea*, N° 442, Universidad de Concepción, 1981, p. 127. En este sentido, se vuelven sugerentes contraponer esta visión holística con trabajos reflexivos como los de Gabriel Castillo Fadic, *Las Estéticas Nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica*, Santiago, Estética UC, Colección Aisthesis “30 años”, 2003; Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago, Planeta/Ariel, 1999; Alfredo Jocelyn-Holt, *Historia General de Chile. Amos, señores y patricios*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2008.

¹⁹ En cuanto a la importancia social de un “desastre” o una “catástrofe” se vuelve sugerente ver los textos de Amalia Signorelli, “Catastrophes naturelles et réponses culturelles”, *Terrain*, N° 19, 1992, pp. 147-158 y los de Virginia Acosta para el caso americano, *Historia y Desastres en América Latina. Vol. 1-2, Centro de investigaciones y estudios superiores en antropología social*, México, Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina (RED), CIESAS, 1996. En cuanto a la etimología y precisión de los términos desastres, catástrofes, vulnerabilidad, etc., ver los textos de los franceses Patrick Pigeon, *Géographie critique des risques*, Paris, Economica, 2005; Grégory Quenet, *Les Tremblements de terre aux XVIIe et XVIIIe siècles : la naissance d'un risque*, Seyssel, Champ Vallon, 2005.

²⁰ Para tener una idea de la gran cantidad de sismos ocurridos durante el período colonial chileno, los textos de Fernando Montessus de Ballore se convierten en una lectura de referencia. Ver Fernando de Montessus de Ballore, *Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1912, 4ª parte.

²¹ Esta apreciación se puede mostrar al observar las siguientes actas: “Acta del cabildo de 28 enero de 1622”, “Acta del cabildo de 19 junio de 1625”, “Acta del Cabildo de 15 de octubre de 1649”, “Acta del Cabildo de 22 noviembre de 1652”, “Actas del Cabildo de 7 de abril de 1660”, “Acta del Cabildo de 9 de noviembre de 1663”, “Acta del Cabildo de 19 noviembre de 1663”, “Actas del Cabildo de 16 de marzo de 1660”, “Actas del Cabildo de 9 agosto de 1669”, “Actas del Cabildo de 16 septiembre de 1670”, “Actas del Cabildo de 21 julio de 1671”, “Actas del Cabildo de 7 de agosto de 1676”, “Actas del Cabildo de 10 octubre de 1676”, “Actas del Cabildo de 27 noviembre de 1676”, “Acta del Cabildo de 11 septiembre de 1677”, “Actas del Cabildo de 9 de julio de 1687”, “Actas del Cabildo de 31 de mayo de 1704”, “Acta del Cabildo de 22 de septiembre de 1731”, “Actas del Cabildo del 9 de mayo de 1743”, “Acta del Cabildo de 9 de marzo de 1768”, “Acta del Cabildo de 3 de agosto 1779”, “Acta del Cabildo de Santiago de 22 de febrero de 1791”, “Acta del Cabildo de 12 de julio de 1793”. En cada una de ellas el tema de la peste resalta como una gran preocupación.

²² Ver al respecto el trabajo de Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, Paris, Éditions de La Martinière, 2004.

²³ Peter Sloterdijk, *Esferas II. Globos*, Madrid, Ediciones Siruela, 2004.

²⁴ El Concilio de Trento enfatizó que el uso excesivo de colores para poder representar la gloria de Dios no era justificable. De hecho, argumentaba que mientras más recato hubiera en las prácticas esto sería mejor. Ciertamente, estos argumentos nacieron para hacer frente a las críticas protestantes (Ver Pastoureau, *op. cit.*) Para el caso del Concilio de Trento ver la Sesión XXV, “La invocación, veneración y reliquias de los santos, y de las sagradas imágenes”, *Biblioteca electrónica cristiana*, <http://multimedios.org/docs/d000436/p000005.htm>.

²⁵ Candau, *op. cit.*, p. 12.

²⁶ Un trabajo que destaca para el mundo americano es el de Gabriela Siracusano, *El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, FCE, 2005. Cf. David Freedberg, *El Poder de las Imágenes*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1992.

²⁷ Utilizamos la palabra «*habitus*» como un modo o disposición permanente que se ha ido construyendo, no en el sentido de Bergson quien lo ve como una propiedad inherente. «[...] l'habitus est le produit du travail d'inculcation et d'appropriation nécessaire pour que ces produits de l'histoire collective que sont les structures objectives (e. g. de la langue, de l'économie, etc.) parviennent à se reproduire, sous la forme de dispositions durables, dans tous les organismes (que l'on peut, si l'on veut, appeler individus) durablement soumis aux mêmes conditionnements, donc placés dans les mêmes conditions matérielles d'existences». Pierre Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Paris, Essai (poche), 2000, p. 282. Cf. Henry Bergson, *Matière et Mémoire*, Paris, PUF, coll. «Quadrige», 2008.

²⁸ El tema del Apocalipsis ha sido estudiado e reinterpretado por algunos estudiosos europeos. Ver al respecto los trabajos de Yves, Christe, *L'Apocalypse de Jean. Sens et développements de ses visions synthétiques*, Paris, Picard, Bibliothèque des cahiers archéologiques, 1996; Laurence Riviere Ciavaldini, “L'Apocalypse au Moyen Age: catastrophe cosmique ou triomphe du christianisme?” en Granet- Abisset Anne-Marie Favier René, *Récits et représentations des catastrophes depuis l'Antiquité*, Grenoble, MSH-Alpes, 2005, pp. 189-216. Este último trabajo aporta ideas “frescas” sobre el devenir histórico de este fin de mundo. La autora nos presenta cómo el significado del Apocalipsis fue cambiando a través del tiempo, de hecho, en un momento determinado habría sido utilizado como un arma contra el imperio romano.

²⁹ Cf. Jaime Valenzuela Márquez, “El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial”, en Jaime Valenzuela Márquez (ed.), *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007, pp. 27-65.

³⁰ Koselleck, *op. cit.*, p. 23.

³¹ En este sentido, los olores y colores del apocalipsis, para el caso chileno contribuyen y funcionan como una «Illusion holiste, c'est-à-dire à la représentation du groupe d'appartenance comme un tout homogène et intégré. Le partage de la métamémoire donne une certaine vraisemblance à cette illusion», ver Joël Candau, *Antropologie de la mémoire, op. cit.*, pp. 79-80.

³² Para este tema ver algunas de las ideas que desarrollamos en nuestro trabajo, «Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas.», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2007, URL: <http://nuevomundo.revues.org/index7442.html>. Consultado 30 enero 2010.

³³ El texto completo sobre el terremoto que escribe el Obispo Villaroel se encuentra transcrito por Gonzalo Zaldumbide. Ver *Fray Gaspar de Villaroel Siglo XVII*, Puebla, México, J.M.Cajica Jr.1959, p. 451.

³⁴ Pastoureau, *op. cit.*

³⁵ “Carta de la Audiencia al Rey, Santiago, 12 de julio de 1648”, en Claudio Gay, *Historia física y política de Chile. Documentos sobre la historia, la estadística y la geografía*, Paris, chez l’auteur, 1852, Vol. II, p. 458.

³⁶ “Representaciones del bachiller don Miguel Jordan sobre las enfermedades y el agua que se bebe de las nieves. Santiago, 1686”, Biblioteca Nacional de Chile, Manuscritos Sala Medina, Rollo 93, Tomo 333, Pieza 648, fj. 856-859. (a partir de ahora será BNCh, MsM) (subrayado es nuestro)

³⁷ “Representación de don Agustín de Ochandiano y Valenzuela en la que refiere sus servicios como médico, pasa en revista las enfermedades más corrientes en este reino y aboga por la conducción del agua de Ramón. Santiago, 2 Agosto de 1718”, BNCh, MsM, Rollo 93, Tomo 333, Pieza 655, fj. 414.

³⁸ Ver las reflexiones de Gabriel Castillo ante la ausencia de paisaje para el caso chileno: “La estabilidad del individuo dependerá de una solidez del paisaje. De una integridad de la idea de paisaje como afirmación reflexiva de la integridad de su cultura. La negación del paisaje niega la afirmación de la unidad cultural, borra las fronteras y reafirma un principio de caos como realidad. El sujeto cree en una memoria, en una identidad fundacional del espacio. Tales casas, tales árboles, tales circuitos de actividad cotidiana. Su programa histórico admite sólo los cambios que refuerzan su estabilidad: el crecimiento de los árboles, las grietas en la pared, el asentamiento de los materiales, los flujos y fusiones de materiales orgánicos e inorgánicos, la asimilación de estos últimos por los ecosistemas”, Gabriel Castillo Fadic, “Santiago, lugar y trayecto: la dialéctica del centro”. *Aisthesis*, N° 34, 2001, p. 8.

³⁹ “Es el mismo evento que hace surgir su propio pasado; antes de que de que aparezca, no hay pasado. Es necesario que se produzca por para que este pueda tener un pasado. Este pasado es relativo al evento y a la manera que este es percibido, identificado y descrito. El evento permite iluminar su propio pasado. El jamás puede ser deducido. En otros términos, es el evento que hace comprender su pasado y su contexto conforme a la novedad de lo que él provoca. En esto consiste su poder de revelación o de revelar: él manifiesta ciertas cosas de su propio pasado y de su propio contexto que, sin él, serían invisibles”. Louis Quéré, “Entre fait et sens, la dualité de l'événement”, *Réseaux*, N° 139, 2006, pp. 183-218.

⁴⁰ *Carta de los oficiales de la tesorería sobre el terremoto del 13 de mayo de 1647*, en Gay, *op. cit.*, p. 469

⁴¹ “Acta del Cabildo de 16 de mayo 1742”, *Actas del Cabildo de Santiago, Colección Historiadores de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, Tomo LIV, 1945, p. 36 (A partir de ahora ACS, CHCh)

⁴² “Carta del Prior de San Juan de Dios sobre que su comunidad prefiere la Loma de la Parra o Dichoco. Concepción, 6 de octubre de 1751”, Archivo General de Indias, CHILE, 146, N° 3.1, fj 457-463v. (A partir de ahora AGI)

⁴³ “Carta de don Pedro Espinoza a favor de la Loma de la Parra para la traslación de la ciudad de la Concepción. Concepción, octubre de 1751”, AGI, CHILE, 146, N° 3.1, fj 509-513v

⁴⁴ Sobre la influencia de los pensadores de la antigüedad y su influencia en los traslados ver el trabajo de Alain Musset, *Villes nomades du Nouveau Monde*, Paris, EHESS, 2002.

⁴⁵ Zaldumbide, *op. cit.*, pp. 447-448.

⁴⁶ Michel Pastoureau señala que a partir del siglo XV ya el negro y el blanco comenzaron a ser considerados como no-colores, no obstante, entrado el siglo XVII Newton es el que lo confirma científicamente. Ver Michel Pastoureau, *Noir: histoire d'une couleur*, Paris, Seuil, 2008, p. 119.

⁴⁷ Según Tadié los recuerdos no sólo facilitan crear memoria, sino que también ayudan a la comprensión y sentimientos estéticos de las cosas. En efecto, el autor ejemplifica con un ejemplo sonoro: escuchar una sinfonía en principio no será aportará mayor comprensión ni menos una estética, sino será luego de varias veces de escuchar –vivirlas, en referencia a las catástrofes- en donde la obra adquirirá emoción y sentido. Ver Jean-Yves Tadié, Marc Tadié, *Le sens de la mémoire*, Paris, Gallimard, 1999, p. 159.

⁴⁸ Jocelyn-Holt, *op. cit.*, 1999.

⁴⁹ “Carta de Gabriel Cano Aponte de lo que sucedió y experimento la ciudad de la Concepción y reino de Chile en los temblores de tierra y aguaceros de 1730. Santiago 20 de julio de 1730”, *BNCh, MsM*, Rollo 33, Tomo 177, Pieza 3874, fjs. 219-224.

⁵⁰ Diego Rosales, *Historia general del reino de Chile: Flandes indiano*, Santiago, Andrés Bello, 1989, p. 1278.

⁵¹ Miguel de Olivares. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*. En *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*, Tomo VII, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865, p. 216.

⁵² “Carta del Presidente de Chile al Rey dando cuenta del terremoto del 25 de mayo con noticias amplias acerca de los prejuicios que ocasiono, Santiago, 5 junio de 1751”, *BNCh, MsM*, Rollo 36, Tomo 187, Pieza 4260, fj 140-145.

⁵³ Walter, *op. cit.*, 2008, p. 14.

⁵⁴ Ricoeur, *op. cit.*, 2000.